

gió; hizo en él notables variaciones; lo versificó en quince días, y lo puso en escena en el teatro del Príncipe. Recibióle el público, primero con asombro, después con largos y estrepitosos aplausos. Todos los teatros de España reprodujeron este drama singular, que sigue representándose y excitando siempre la admiración, el interés y la sorpresa. No juzgaremos esta obra. Se resiste a la crítica. Pueden hallarse defectos, errores, extravagancias, hasta ridiculeces; pero todo esto desaparece cuando se la ve representar. Todo el mundo la ha visto. ¿Qué diríamos nosotros de esa producción? Fue sin duda una revolución en el arte dramático de nuestros días. Su éxito alentó a los autores que han ilustrado y enriquecido últimamente nuestro teatro, a separarse de la senda trillada por los dramáticos del último siglo. Sin embargo, nadie se atrevió a seguir la trazada por Saavedra, ni él mismo sin duda. *El Don Alvaro* es único drama verdaderamente romántico del moderno teatro español. Se han censurado sus formas, sus contrastes, sus caracteres incoherentes, sus demasiado fuertes pinceladas. Nosotros no le censuramos por nada de esto. Esto es lo que él quiso hacer: eso es un género como otro cualquiera, y las intenciones que al hacer esta obra tuvo, están realizadas con singular talento, con imitable verdad, con vigoroso y fuerte colorido, con imaginación sorprendente y arrebatadora, con versificación maravillosa a veces, casi siempre rica y sonora, y digna de los mejores tiempos de Moreto y Calderón. Acaso el principal defecto que para nosotros tiene la creación del *Don Alvaro*, no está en sus formas, ni en su estatura, ni en sus accidentes. Está en el pensamiento que en él domina. El objeto del drama del Duque de Rivas es el mismo que el de la antigua tragedia griega, la fatalidad. *Don Alvaro* es un *Edipo* destinado por el cielo para hacer la desgracia de una familia, como el *Edipo* griego la de la suya. Ni la religión salva a D. Alvaro de su misión sangrienta, de su destino de crimen. Hubiéramos querido en el nuevo drama otro objeto, otra intención más acomodada a las costumbres, a los caracteres de nuestro siglo y de nuestra religión; una tendencia más moral y más cristiana. Don Angel creó un carácter que no pertenece a época ninguna determinada, acaso más universal en esto, porque pertenece a todas, como los héroes de Shakespeare. El Duque de Rivas se elevó con esta producción a su mayor altura de gloria literaria. El brillo de *Don Alvaro* eclipsó del todo sus anteriores producciones dramáticas, pálidas de todo punto é insignificantes ante el nuevo drama. No hay mayor rival para un poeta que el poeta mismo. Una grande obra de un autor, hunde y sepulta más que la de otro cualquiera sus obras anteriores de menos mérito y de menos alcance.

Después de la excisión revolucionaria contra el ministerio Toreno, durante la cual se hallaba el Duque en Andalucía, abriéronse las sesiones de los Estamentos, y el Duque de Rivas, influyente en el suyo, y que debía por sus ideas políticas no ser desfavorable al gabinete nombrado después de aquellos sucesos, fue elegido por la corona vicepresidente del Estamento de Próceres, y condecorado con la gran cruz de Carlos III. A estos honores en el orden político, correspondieron otros en el orden literario. La Academia Española le recibió en su seno, y al crearse el Ateneo de Madrid, le nombró por unanimidad su presidente.

Habia conocido nuestro Duque en el año 20 al ministro Mendizábal, y le había tratado despues en Londres y Paris. No podía, por consiguiente, creerle un hombre de Estado; pero participaba de aquella ilusión popular con que en los grandes peligros los hombres que aparecen en la escena son mirados, no como son, sino con todas las calidades y circunstancias que la situación requiere. En el gran conflicto del año de 1835, amenazada por todas partes la causa de la Reina, y estremecido hasta los cimientos el edificio social, la opinión pública había de alguna manera idealizado á Mendizábal, tanto más cuanto que absolutamente no le conocía. Don Angel participó algun tanto de este vértigo; le creyó un entendido hacendista, y le parecía aún en aquel tiempo un buen instrumento para avanzar por el camino de las instituciones políticas. Sin embargo, la tendencia del partido en que figuraba nuestro prócer, más que política, era gubernativa. Su exaltación no era estimulada por los temores de que el Gobierno de la Reina fuera oprimir y despojar, sino por los peligros de que la causa de D. Carlos triunfara. Exigíanse del poder, no tanto instituciones, como medidas fuertes y vigorosas para concluir la guerra. El error consistía en creer la amplitud de las instituciones como una de estas medidas. Hubo desde el principio hombres ambiciosos interesados en extraviar la opinión amalgamando, confundiendo estas dos ideas, y sobre personas de la mejor buena fe llegaron a conseguir su objeto con tanta más facilidad, cuanto que la administración del partido moderado, ménos adicto al demasiado ensanche de las reformas liberales, había sido desafortunado en la dirección de las cosas de la guerra. Pero subidos al poder los hombres del otro partido en 1835, y vis-

Las tareas parlamentarias no le distrajeran de la literatura. Hemos dicho ya cuándo había escrito el *Don Alvaro* ó la fuerza del sino. Entonces le corri-

gió; hizo en él notables variaciones; lo versificó en quince días, y lo puso en escena en el teatro del Príncipe. Recibióle el público, primero con asombro, después con largos y estrepitosos aplausos. Todos los teatros de España reprodujeron este drama singular, que sigue representándose y excitando siempre la admiración, el interés y la sorpresa. No juzgaremos esta obra. Se resiste a la crítica. Pueden hallarse defectos, errores, extravagancias, hasta ridiculeces; pero todo esto desaparece cuando se la ve representar. Todo el mundo la ha visto. ¿Qué diríamos nosotros de esa producción? Fue sin duda una revolución en el arte dramático de nuestros días. Su éxito alentó a los autores que han ilustrado y enriquecido últimamente nuestro teatro, a separarse de la senda trillada por los dramáticos del último siglo. Sin embargo, nadie se atrevió a seguir la trazada por Saavedra, ni él mismo sin duda. *El Don Alvaro* es único drama verdaderamente romántico del moderno teatro español. Se han censurado sus formas, sus contrastes, sus caracteres incoherentes, sus demasiado fuertes pinceladas. Nosotros no le censuramos por nada de esto. Esto es lo que él quiso hacer: eso es un género como otro cualquiera, y las intenciones que al hacer esta obra tuvo, están realizadas con singular talento, con imitable verdad, con vigoroso y fuerte colorido, con imaginación sorprendente y arrebatadora, con versificación maravillosa a veces, casi siempre rica y sonora, y digna de los mejores tiempos de Moreto y Calderón. Acaso el principal defecto que para nosotros tiene la creación del *Don Alvaro*, no está en sus formas, ni en su estatura, ni en sus accidentes. Está en el pensamiento que en él domina. El objeto del drama del Duque de Rivas es el mismo que el de la antigua tragedia griega, la fatalidad. *Don Alvaro* es un *Edipo* destinado por el cielo para hacer la desgracia de una familia, como el *Edipo* griego la de la suya. Ni la religión salva a D. Alvaro de su misión sangrienta, de su destino de crimen. Hubiéramos querido en el nuevo drama otro objeto, otra intención más acomodada a las costumbres, a los caracteres de nuestro siglo y de nuestra religión; una tendencia más moral y más cristiana. Don Angel creó un carácter que no pertenece a época ninguna determinada, acaso más universal en esto, porque pertenece a todas, como los héroes de Shakespeare. El Duque de Rivas se elevó con esta producción a su mayor altura de gloria literaria. El brillo de *Don Alvaro* eclipsó del todo sus anteriores producciones dramáticas, pálidas de todo punto é insignificantes ante el nuevo drama. No hay mayor rival para un poeta que el poeta mismo. Una grande obra de un autor, hunde y sepulta más que la de otro cualquiera sus obras anteriores de menos mérito y de menos alcance.

Después de la excisión revolucionaria contra el ministerio Toreno, durante la cual se hallaba el Duque en Andalucía, abriéronse las sesiones de los Estamentos, y el Duque de Rivas, influyente en el suyo, y que debía por sus ideas políticas no ser desfavorable al gabinete nombrado después de aquellos sucesos, fue elegido por la corona vicepresidente del Estamento de Próceres, y condecorado con la gran cruz de Carlos III. A estos honores en el orden político, correspondieron otros en el orden literario. La Academia Española le recibió en su seno, y al crearse el Ateneo de Madrid, le nombró por unanimidad su presidente.

Habia conocido nuestro Duque en el año 20 al ministro Mendizábal, y le había tratado despues en Londres y Paris. No podía, por consiguiente, creerle un hombre de Estado; pero participaba de aquella ilusión popular con que en los grandes peligros los hombres que aparecen en la escena son mirados, no como son, sino con todas las calidades y circunstancias que la situación requiere. En el gran conflicto del año de 1835, amenazada por todas partes la causa de la Reina, y estremecido hasta los cimientos el edificio social, la opinión pública había de alguna manera idealizado á Mendizábal, tanto más cuanto que absolutamente no le conocía. Don Angel participó algun tanto de este vértigo; le creyó un entendido hacendista, y le parecía aún en aquel tiempo un buen instrumento para avanzar por el camino de las instituciones políticas. Sin embargo, la tendencia del partido en que figuraba nuestro prócer, más que política, era gubernativa. Su exaltación no era estimulada por los temores de que el Gobierno de la Reina fuera oprimir y despojar, sino por los peligros de que la causa de D. Carlos triunfara. Exigíanse del poder, no tanto instituciones, como medidas fuertes y vigorosas para concluir la guerra. El error consistía en creer la amplitud de las instituciones como una de estas medidas. Hubo desde el principio hombres ambiciosos interesados en extraviar la opinión amalgamando, confundiendo estas dos ideas, y sobre personas de la mejor buena fe llegaron a conseguir su objeto con tanta más facilidad, cuanto que la administración del partido moderado, ménos adicto al demasiado ensanche de las reformas liberales, había sido desafortunado en la dirección de las cosas de la guerra. Pero subidos al poder los hombres del otro partido en 1835, y vis-

Las tareas parlamentarias no le distrajeran de la literatura. Hemos dicho ya cuándo había escrito el *Don Alvaro* ó la fuerza del sino. Entonces le corri-

gió; hizo en él notables variaciones; lo versificó en quince días, y lo puso en escena en el teatro del Príncipe. Recibióle el público, primero con asombro, después con largos y estrepitosos aplausos. Todos los teatros de España reprodujeron este drama singular, que sigue representándose y excitando siempre la admiración, el interés y la sorpresa. No juzgaremos esta obra. Se resiste a la crítica. Pueden hallarse defectos, errores, extravagancias, hasta ridiculeces; pero todo esto desaparece cuando se la ve representar. Todo el mundo la ha visto. ¿Qué diríamos nosotros de esa producción? Fue sin duda una revolución en el arte dramático de nuestros días. Su éxito alentó a los autores que han ilustrado y enriquecido últimamente nuestro teatro, a separarse de la senda trillada por los dramáticos del último siglo. Sin embargo, nadie se atrevió a seguir la trazada por Saavedra, ni él mismo sin duda. *El Don Alvaro* es único drama verdaderamente romántico del moderno teatro español. Se han censurado sus formas, sus contrastes, sus caracteres incoherentes, sus demasiado fuertes pinceladas. Nosotros no le censuramos por nada de esto. Esto es lo que él quiso hacer: eso es un género como otro cualquiera, y las intenciones que al hacer esta obra tuvo, están realizadas con singular talento, con imitable verdad, con vigoroso y fuerte colorido, con imaginación sorprendente y arrebatadora, con versificación maravillosa a veces, casi siempre rica y sonora, y digna de los mejores tiempos de Moreto y Calderón. Acaso el principal defecto que para nosotros tiene la creación del *Don Alvaro*, no está en sus formas, ni en su estatura, ni en sus accidentes. Está en el pensamiento que en él domina. El objeto del drama del Duque de Rivas es el mismo que el de la antigua tragedia griega, la fatalidad. *Don Alvaro* es un *Edipo* destinado por el cielo para hacer la desgracia de una familia, como el *Edipo* griego la de la suya. Ni la religión salva a D. Alvaro de su misión sangrienta, de su destino de crimen. Hubiéramos querido en el nuevo drama otro objeto, otra intención más acomodada a las costumbres, a los caracteres de nuestro siglo y de nuestra religión; una tendencia más moral y más cristiana. Don Angel creó un carácter que no pertenece a época ninguna determinada, acaso más universal en esto, porque pertenece a todas, como los héroes de Shakespeare. El Duque de Rivas se elevó con esta producción a su mayor altura de gloria literaria. El brillo de *Don Alvaro* eclipsó del todo sus anteriores producciones dramáticas, pálidas de todo punto é insignificantes ante el nuevo drama. No hay mayor rival para un poeta que el poeta mismo. Una grande obra de un autor, hunde y sepulta más que la de otro cualquiera sus obras anteriores de menos mérito y de menos alcance.

La experiencia, más rápida en su enseñanza indeleble que las teorías todas, hizo volver en su acuerdo á muchos hombres extraviados. La necesidad de dar fuerza y vigor al poder, empezó á sentirse viva y perentoria; los héroes de 1812 cayeron á poco en vergonzoso descrédito, y separáronse de las filas del partido exaltado casi todos los hombres de ilustración y saber, y los jóvenes toda, que conoció desde luego que no era de los antiguos revolucionarios la sociedad ni el porvenir. Refundióse entonces el partido moderado, ó se creó por mejor decir un nuevo partido, al que convino mejor el dictado de monárquico-constitucional. No fueron la parte ménos vital y robusta de sus filas los que habían pertenecido ántes al partido exaltado. Contábanse a su frente á dos corifeos notables de las antiguas opiniones demagógicas, Isturiz y Galiano.

El Duque de Rivas acompañó á sus antiguos colegas en lo que sus antagonistas llamaron necia y despedadamente defección y apostasia, y contribuyó á preparar por los medios constitucionales un cambio ministerial, que las circunstancias hacían necesario, y en que debían estar representadas las fuerzas y las tendencias, las doctrinas y las personas de un nuevo partido conservador. Para esto, en la legislatura de 1836 se presentó en oposición al ministerio Mendizábal: empezaron á ejercer verdadera influencia en el alto Cuerpo colegislador sus discursos, que eran escuchados con atención y agrado sumo, y formuló á pocos días una proposición, que otros próceres firmaron y que aprobó el Estamento, poniendo coto al uso que se hacía del célebre voto de confianza. Fué este un golpe mortal para aquel ministerio, aunque contara con el apoyo del Cuerpo popular. Su posición se hizo cada vez más crítica: los ministros presentaron su dimisión, y S. M. conñrió en 15 de mayo al señor Isturiz la presidencia y la formación del nuevo gabinete.

No es esta biografía el lugar competente para juzgar al ministerio de 15 de mayo. Su turno llegará en alguna de nuestras noticias. Aquí sólo debemos referir como Isturiz, atento sin duda á que el Duque de Rivas era el representante de su pensamiento en el Estamento de Próceres, le designó por uno de sus colegas, y S. M. le conñrió el ministerio de la Gobernación del reino. Sabemos que don Angel se sorprendió sobremarina al verse nombrado ministro, y que recibió con sumo desagrado un poder que jamás había ambicionado, un cargo para cuyo desempeño no se reconocía con suficientes fuerzas en tan difíciles circunstancias. Tentó en vano todos los medios honrosos de evadir su compromiso; pero sus amigos Isturiz y Galiano le arrastraron en su suerte común, y unióse al fin con ellos decidido á arrostrar los riesgos de una administración desde sus principios tan combatida. Presentóse con sus colegas en el Estamento de Próceres en la célebre sesión de 16 de mayo, y el Estamento, so pretexto de no haberse recibido la comunicación oficial de su nombramiento, y estimulado por la peroración violentísima y apasionada del señor Olózaga, hizo dejar su asiento á los nuevos ministros, con gran aplauso de la tribuna pública. Mortificó á nuestro Duque aquella demostración. Los silbidos de las turbas llevadas á aquel recinto no sonaban en sus oídos todavía como alabanzas y gritos de triunfo. No le parecía aún gloriosa la impopularidad de la pagada plebe. Don Angel, primero que ministro, era poeta dramático: antojábansele acaso aquellas vociferaciones los silbidos de una comedia, y decía con muestras de pesar á uno de nuestros amigos que presenciaba aquella farsa: «¿Es posible! ¡silbarne á mí!» Nuestro Duque se habrá reído más de una vez de aquellos improprios, cuando vuelto de su natural sorpresa haya podido apreciarlos en su valor verdadero.

No había pensado jamás en ser ministro, no tenía pretensiones de administrador, ni fundaba hoy su gloria en sus tareas de ministro. Sin embargo, en el corto período de aquel gabinete, desempeñó su parte, si no con extraordinario mérito, con dignidad, decoro y conciencia. Abrazó con decisión y entusiasmo el pensamiento de sus colegas, y demostró en todos sus actos su anhelo de concluir á toda costa la guerra, de establecer sólidamente la monarquía constitucional y de combatir los esfuerzos de la revolución amenazadora. Los nombramientos de sus agentes y funcionarios fueron dignos y acertados; y para los pormenores de administración y gobierno, á que no podía descender, tuvo el acierto de nombrar un subsecretario que valia por muchos ministros. Durante su administración se redactó un plan general de estudios que honrará para siempre su memoria, y que la revolución ignorante y retrógrada condenó despues á la nulidad y al olvido. Convocadas las Cortés llamadas revisoras, ejercióse

por primera vez la elección directa, y el ministro de la Gobernación dirigió con sumo tino aquellas elecciones, las más solemnes y más tranquilas de cuantas tuvieron lugar en España, y en que sin acusaciones de corrupción ni violencia se reunió lo más ilustrado y respetable de la nación, llamada á discutir una nueva ley fundamental de la monarquía.

Pero aquellas Cortés no llegaron á reunirse. El partido revolucionario las condenó de antemano. Vencido en el campo de la legalidad, invadió el terreno de la fuerza. La nación había elegido Cortés: la revolución nombró juntas. Dióse la señal del alzamiento asesinando en Málaga á un jefe político. En Zaragoza el capitán general proclamó la Constitución de 1812. Un batallón embriagado sitió en la Granja el palacio de la reina y la obligó á adoptar el Código de Cádiz. El ministerio resistió en Madrid valerosamente, pero recibidos los decretos de destitución, y envalentonados los vencedores con su triunfo, nuestro ministro se vió precisado á ocultarse en un barrio extraviado para no ser víctima de la sed de sangre que se cobó en el valiente y benemérito general Quesada. Pasó algunos días el Duque en la mayor ansiedad: halló refugio en la casa del ministro de Inglaterra Mr. Villiers, hoy Lord Clarendon, y allí permaneció veinticuatro días rehusando siempre el emigrar como la última desgracia. Pero como las pasiones no se calmaran ni se diese término á una época de inseguridad ni peligro para los hombres que habían figurado en el caído gabinete, resolvió al fin dejar por segunda vez el suelo de que le lanzaban sus amigos, los liberales, como ántes le habían expulsado los absolutistas, sus adversarios.

No era esta resolución tan fácil de verificar como de concebir. Los pasaportes extranjeros no ofrecían garantías suficientes. Los caminos no estaban seguros. Casi todos los pueblos por donde se podía transitar se hallaban dominados por la sedición. El camino de Zaragoza, único entonces que comunicaba con Francia, estaba interceptado por la facción. En el de Portugal, por Extremadura, había suma vigilancia despues que se supo que Isturiz había pasado por Badajoz disfrazado y con grave riesgo de su persona. Acudió entonces el duque de Rivas al general Seane, con quien le ligaban relaciones de antigua amistad, y correspondiendo caballerosamente á la confianza del Duque, le proporcionó pasaporte y un bizarro oficial de coraceros de la Guardia que le acompañase hasta Gata. De aquel punto, D. Pedro Ontiveros le introdujo en Portugal con nuevo disfraz y precauciones, dándole por guía un contrabandista del país. Ya en Portugal y en la ciudad de la Guardia, corrió un nuevo inesperado peligro. Su conductor dijo en una taberna que aquel caballero era un alto personaje, y corriendo este rumor de boca en boca, alarmóse la ciudad toda con la noticia de que había llegado un agente de don Miguel, el gobernador civil le llamó á su casa, le participó el desorden que tomaba cuerpo, y le exigió que le dijera la verdad. Descubrióse el Duque sinceramente, y aquel digno caballero desplegó la mayor eficacia para salvarle del peligro. Hizo traer los caballos del Duque, y por la puerta falsa de su propia casa le sacaron al campo seis hombres armados y de su confianza, que le alejaron de la ciudad y de su término. Llegó el Duque á Lisboa, donde acababa de publicarse la Constitución del año 20, y allí supo que le habían secuestrado los bienes (á pesar de prohibirlo expresamente la Constitución restablecida) por el delito de haber salido de España sin permiso del Gobierno, delito tan capital á los ojos de los liberales. Con la mira de acercarse á su familia, establecida en Sevilla, resolvió pasar á Gibraltar, y lo verificó no sin riesgo y precaución, por la circunstancia de que los vapores que salían de aquel puerto se detenían en la bahía de Cádiz. En Gibraltar encontró y fué obsequiadísimo por su antiguo amigo Sir A. Woodford, con quien había tenido en Malta tan estrecha amistad. Allí pasó un año, allí contribuyó, por el influjo de que gozaba con el gobernador inglés, al alivio y socorro de las familias españolas de aquellos contornos, que se refugiaron aterradas al Peñón cuando apareció la expedición de Gomez. Allí se dedicó de nuevo á la pintura y á la poesía, y escribió muchos de sus romances.

Promulgada la Constitución de 1837 y aceptada por la Reina, la juró el Duque en manos del consúl español, y el día 1.º de agosto se trasladó á Cádiz, y volvió de su segunda emigración á los brazos de su familia.

En las elecciones de aquel año figuró su nombre como candidato para senador por varias provincias. Propuesto en terra por la de Cádiz, le nombró la Corona. Consecuente á sus principios apoyó al ministerio Oñalía, y pronunció un largo y vehemente discurso en favor de la proposición del senador Sanchez para que se le devolviesen sus bienes á las monjas, uno de los mejores sin duda de su larga carrera parlamentaria. En las siguientes legislaturas, y tomando siempre parte en los debates del Senado, defendió los principios conservadores, apoyó con buenas razones el convenio de Vergara, y la necesidad de conservar sus fueros á las provin-

cias, y sostuvo, en fin, todos los planes y proyectos que tenían por objeto dar unidad y fuerza al poder. Defendió el establecimiento de un consejo de Estado, la ley de ayuntamientos y la de imprenta. Verificado el viaje de S. M. á Barcelona, se retiró á Sevilla, y el cambio político conocido con el nombre de pronunciamiento de Setiembre, le alejó acaso por mucho tiempo de trabajos y tareas en que ya no debe conservarse fe ni esperanza alguna para el porvenir y ventura de su patria.

El desaliento de la política no le retrajo del entusiasmo de la literatura. La gloria estéril, problemática y disputada del Parlamento, al rebajarse ó desvanecerse á sus ojos, dejó más vivo y más ardiente en su alma el sentimiento de la gloria literaria, sentimiento inmortal y siempre generoso. El literato tiene siempre elevada la tribuna en su gabinete, un parlamento inmenso en el mundo entero. El Duque de Rivas no abandonó, ni creemos que abandonase jamás sus artes queridas, sus primeras inclinaciones, que fueron comolareligión de su alma. Desde la publicación de *Don Alvaro*, nada había vuelto á componer para el teatro. En este último período, la escena le llamó de nuevo á su palenque glorioso. No se atrevió á seguir en el género de que había dado tan insignie muestra. Arreáronle sin duda los peligros de incurrir en exageraciones, y sintió que sin trepar á tan altas y tempestuosas regiones, envueltas á veces como las crestas de las altas montañas en nubes, y surcadas del rayo, había, á menor distancia, no tan terribles y más despejadas eminencias. Nuestra patria había tenido un teatro nacional, rico y glorioso, como ningún teatro del mundo. Cuando la Europa no tenía más que un autor dramático, España los contaba por docenas. Cuando la poesía había perdido toda su vida propia y su jugo natural, y no acertaba el genio poético á formular un género, toda la originalidad y la fecundidad inmensa del ingenio español se había refugiado al teatro. Lope de Vega, Tirso de Molina, Moreto, Alarcón, Rojas, y el grande Calderón, se elevan todavía en medio de la literatura europea, como se alzan en una extensa cordillera las cumbres más eminentes, de donde descienden siempre estos poetas, porque velaciones espontáneas siempre el carácter y las costumbres de su patria, quedan todavía las mismas dotes para sus imitadores, como quiera que el carácter nacional, y las costumbres del pueblo, no hayan sufrido aún modificaciones tan absolutas que le tornen otro carácter y otro pueblo distinto.

La parte de la sociedad española que se confundió con la sociedad francesa y con la de todas las naciones de Europa, es una capa bastante superficial y somera; y los mismos que la componen sienten aún renovarse los antiguos sentimientos, no borrados del todo en su corazón las huellas de las antiguas costumbres, cuando al escuchar en el teatro los acentos de Calderón y de Moreto, simpaticen desde luego con ellos el alma, como se descubren las letras de una tinta simpática al contacto del reactivo que las colora. El género y la poesía de aquellos grandes maestros es aún, con las modificaciones del tiempo trascurrido y de las costumbres alteradas, el género cuya poesía pertenece á nuestro teatro moderno. Don Angel volvió á él; su imaginación tiene más puntos de contacto con nuestros antiguos dramáticos que con la de autores más modernos. Las tres comedias tituladas: *Solaces de un prisionero*, *El crisol de la lealtad* y *La morisca de Alajuar*, han sido el fruto de esta nueva dirección. El público ha recibido con aplauso estas producciones, y la crítica sólo le ha tenido acaso que censurar el sabor demasiado fuerte á la comedia antigua, la rehabilitación inoportuna quizá del carácter gracioso, que ya no puede ser tolerado en nuestros teatros por un público distinto del que los frecuentaba en tiempo de Felipe IV; y alguna vez lo precipitado y no siempre interesante del desenlace. La crítica ha sido más severa con *La morisca de Alajuar*; ha visto en ella demasiada complicación, muchos y atropellados incidentes, materia, en fin, para dos dramas distintos, ora ligados, ora independientes. El autor de este artículo no ha logrado ver esta representación en las tablas, ni juzgar de su efecto en el teatro, pero cuando en días, de que conservará siempre tiernísima y grata recordación, escuchó de los labios mismos de su autor la lectura de aquella composición, formó un juicio que no se ha conculgado todavía con la severidad de esta censura. A sus ojos *La morisca de Alajuar* es la producción más acabada y más bella del Duque de Rivas. La más interesante, la de más movimiento y de más preparado desenlace. Los caracteres están de relieve, y sostenidos sin desmentirse jamás, sin decaer nunca. El conde de Salazar es un tipo de los más bellos que puede ofrecer ninguna producción dramática, y hasta la versificación nos parece más igual y más esmeradamente correcta que en las demás obras de su fecunda, pero á veces demasiado fácil y suelta vena.

Por último, ha coronado sus trabajos con la pu-

blicación de sus romances históricos, obra en que según nos manifiesta en el elocuente y erudito prólogo que la precede, se propone reivindicar el romance del magistral anatema que contra él había fulminado la crítica de nuestros días, volviéndole á su primer objeto y á su primitivo vigor y energía sencillez, sin olvidar los adelantos del lenguaje, del gusto y de la filosofía. Ya hemos manifestado en qué tiempo y por qué circunstancias había vuelto á cultivar este género tan rico como abandonado de nuestra literatura. Ya se habían impreso con *El moro capifiso*, *La vuelta desolada*, *El Sombrero*, *El conde de Villamediana* y *El Alcazar de Sevilla*, muestra de la profundidad con que el autor sentía la poesía histórica de su país, y de la verdad con que sabía pintarla. Los romances posteriores publicados no han desmentido las esperanzas que habían hecho concebir sus primeras inspiraciones. No nos es dado recorrer todos los cuadros de esta magnífica galería. Remitimos á cu lectura á todos los que quieran sentir las originales bellezas de nuestras grandezas históricas, y reposar sus ojos en la viva y animada pintura de una naturaleza engalanada por un pincel de tanto fuego, de tanta vida. Encontrarán atesorados en esa colección argumentos hábilmente conducidos, caracteres sobriamente delineados, figuras vivas, ricas descripciones, afectos verdaderos y vehementes, rasgos atrevidos, entonación poética, locución castiza, y grande inteligencia histórica. A veces, como en *El solemne desengano*, *El cuento de un veterano*, *Amor, honor y valor*, *La noche de Montiel* y otros, estas composiciones son unos verdaderos dramas llenos de animación, de progresivo interés en su plan, de escenas brillantes, á veces de cuadros siniestros y sombríos. Otras empeno se distinguen por su mayor sencillez, por su mayor regularidad: son apacibles historias, agradables cuentos, llenos de candor y dulzura, como tiernas bucolicas, como campestres baladas, galanas y bellas, aunque más monótonas, como el curso de un arroyo, ó como una dilatada pradera; y sentimos que las dimensiones obligadas de nuestro artículo no nos permitan para prueba de esta verdad trasladar, ora las estrofas en que describe las angustiosas agonías del rey Don Pedro en su noche postrema, ora la pintoresca descripción del Guadalquivir, cuando Hernán Cortés se embarca en él en busca de la corona de Moteczuma; ora las dulces y melancólicas meditaciones á que se entregaba en su triste prison el marqués de Lombay; y ora la animada pintura, las pinceladas de franco y vigoroso estilo con que retrata los tres ilustres misteriosos galanes de la bellísima princesa de Evoli. El Duque de Rivas ha levantado en este libro á la literatura nacional un monumento que durará más que otras obras en que libran acaso algunos muy altas pretensiones y esperanzas. En la amanerada y anárquica literatura de nuestros días, nuestro poeta ha trazado un vivísimo surco de luz por las regiones de la belleza y de la originalidad. A los defectos de su época, y á las particulares circunstancias de su azarosa vida, ha pagado más de una vez tributo; pero sus defectos quedarán oscurecidos en el olvido de sus obras medianas, bastándole para una aureola muy espléndida de gloria el mérito de las muchas que pasarán á la posteridad.

Y su gloria literaria será la única que de él queda. Los hombres que la obtienen ocurrecen todas las demás con su brillo. La gloria de los destinos públicos, la reputación política pasa con las circunstancias, aún en los más eminentes hombres de Estado. ¿Quién se acuerda ya de que Petrarca fué un negociador y un estadista? ¿Quién une al nombre de Ariosto su carácter de embajador en Venecia? ¿De qué le sirve á Milton haber sido secretario de Cromwell? ¿Quién, dentro de pocos años, sabrá que Chateaubriand ha sido ministro y Lamartine diputado? Creemos, pues, que el Sr. Duque de Rivas no librará su fama póstuma en sus recuerdos de orador, de prócer, de Senador y de secretario del Despacho, por más que para sus contemporáneos sean gratos ó censurables su exageración en un período, su medianía en algun puesto, y sus brillantes equalidades en otro. La política, que tanto ha influido en su vida, no influirá para su fama. Y sin embargo, todavía en las elecciones de 1840 la provincia de Vizcaya le propuso para Senador en segundo lugar, y la de Alava en primero. El gobierno de Setiembre no tuvo por conveniente elegir á quien sin duda hubiera unido su elocuente palabra á las que en el Senado fueron la última protesta, si bien severa y terrible, contra los nuevos poderes. No le pesó de tan honroso desaire, y vive en Sevilla contento, satisfecho y desengañado en el seno de su numerosa familia, ocupada toda su atención en los placeres y trabajos de la vida doméstica, en la composición de sus comedias, en la publicación de sus obras, y en el trato de sus amigos. El autor de estas líneas ha sido testigo de esta vida deliciosa en días á cuyo recuerdo puede consagrarse aquí una línea, siquiera le tachen por ella de parcialidad ó de impertinencia. Cuando desfallecido y enfermo fué á buscar aire de salud y de vida en las perfumadas riberas del Guadalquivir, bajo el sol vivificante de la bella Andalucía, allí

donde acaso más que la benignidad de la atmósfera, calmaron sus dolencias los consuelos y ternura de sus solícitos amigos, no fué entre ellos el ménos tierno y cariñoso el ilustre escritor, cuya biografía le ha cabido en suerte. De sus labios mismos oyó alguna vez la interesante narración de algunas de sus vicisitudes y desgracias, en aquellas deliciosas noches de que sólo pueden formar idea los que las

hayán pasado en los encantados patios de Sevilla, entre columnas de mármol y macetas de flores, y árboles y fuentes, y en la sociedad de amigos y de hermosas, tan amena como aquellos jardines. Los recuerdos que de esto nos quedan van unidos á la grata memoria del Duque. Por eso quizá nos hayamos detenido alguna vez en circunstancias minuciosas, cediendo sin querer al recuerdo de nuestras

conversaciones, y repitiendo acaso las reflexiones mismas que entónces se nos ocurrían. Complacido, como el que cuenta sus propias adversidades, acaso hemos creído á veces que tendrían para todos la importancia que para nuestro corazón. La amistad puede habernos hecho prolijos; un consuelo nos queda, y es que el temor de parecer por ella parciales, nos ha hecho ser constantemente severos.

ÍNDICE

DE LAS COMPOSICIONES CONTENIDAS EN ESTE TOMO

	Páginas		Páginas
PRÓLOGO	1	<i>La borrasca, á Lauso.</i> —¡Ay, cual el turbio mar hierve espumoso.	61
VIDA DEL AUTOR.	1X	<i>Soneto.</i> —En este bosque por la vez primera.	61
POESIAS SUELTAS Y POEMAS CORTOS			
<i>Romance.</i> —En una yegua tordilla.	1	<i>El tiempo.</i> —¡Ay, cuán fugaz el tiempo presuroso.	62
<i>Romance corto.</i> —Luz de esta ribera.	2	<i>Romance.</i> —Oculto entre la espesura.	64
<i>Cantilena.</i> —Febo se retiraba.	2	<i>Letrilla.</i> —¿Te vas y me dejas.	65
<i>Romance corto.</i> —Hermosa zagala.	2	<i>A Olimpia.</i> —Oye afable, hermosa Olimpia.	66
<i>Soneto.</i> —Mísero leño, destrozado y roto.	3	<i>Soneto.</i> —¡Ay, que de vuestro labio purpurino.	66
<i>Romance.</i> —Hermosísima zagala.	3	<i>A Olimpia.</i> —¡Ay, cuánto tiempo en inquietud sombría.	67
<i>Soneto.</i> —Gallardo alzaba la pomposa frente.	4	<i>Elegía.</i> —Noche terrible y tenebrosa, ¿dónde.	69
<i>Al armamento de las provincias españolas contra los franceses.</i> —¡A do se encumbra con altivo vuelo.	5	<i>Romance.</i> —Ves, Olimpia encantadora.	70
<i>A la victoria de Bailén.</i> —Horrendas huestes la fragosa cumbre.	7	<i>Soneto.</i> —Olimpia bella, cual la fresca aurora.	71
<i>Romance.</i> —Con once heridas mortales.	9	<i>Romance.</i> —¿Qué importa, adorada Olimpia.	72
<i>Romance.</i> —Entre verdes olivares.	10	<i>A Olimpia.</i> —Dulce señora mía.	72
<i>Soneto.</i> —Ojos divinos, luz del alma mía.	10	<i>Cantilena.</i> —Mil veces venturoso.	73
<i>Al conde de Noroña.</i> —Oh, Conde, pues tu lira.	11	<i>Soneto.</i> —Jamás marchite tu beldad lozana.	73
<i>Soneto.</i> —El oponer mi pecho no me asusta.	12	<i>Adelfa. Egloga.</i> —Si el ronco acento de la lira mía.	74
<i>A Amira.</i> —Hondo mar espumoso.	12	<i>Cantilena.</i> —Ves, adorada Olimpia.	77
<i>Soneto.</i> —Viene en pos del invierno perezoso.	13	<i>Soneto.</i> —Por más que el Noto silbador pelea.	78
<i>Cantilena.</i> —Por un alegre prado.	13	<i>Lamento nocturno.</i> —Noche serena y pura.	78
<i>Soneto.</i> —Lleno el pecho de orgullo y ufanía.	14	<i>Romance corto.</i> —Apacible río.	79
<i>Soneto.</i> —Oh amiga noche, oh noche deliciosa.	14	<i>Romance.</i> —¿Por qué pretendes, ingrata.	80
<i>El paso honroso.</i> —Canto primero.	15	<i>Lamentacion.</i> —¡Ay que en mi labio demudado y frío.	81
Canto segundo.	23	<i>A Olimpia.</i> —¡Ay que mi pecho mísero te adora.	83
Canto tercero.	30	<i>Soneto.</i> —Lauro y triunfos consiga el ambicioso.	85
Canto cuarto.	36	<i>Brevedad de la vida.</i> —De flores odorantes coronada.	85
<i>A la victoria de Arapiles.</i> —Levanta, oh Tormes, la divina frente.	44	<i>A Olimpia.</i> —Arde el fogoso oriente.	86
<i>Romance corto.</i> —Dulces ilusiones.	45	<i>A las siemprevivas.</i> —Salve, divinas flores.	88
<i>Napoleon destronado.</i> —¿En dónde, en dónde, oh Sena esclarecido.	46	<i>A Olimpia.</i> —Olimpia, ¿dónde estás?... En vano, en vano.	89
<i>Romance.</i> —A esconder su lumbre pura.	48	<i>A la Adelfa.</i> —¿Qué flor de cuantas pinta.	91
<i>España triunfante.</i> —Goza feliz, esclarecida España.	49	<i>Soneto.</i> —Antes de partir.—Ojos divinos, cuya lumbre pura.	92
<i>Al mismo asunto.</i> —¿Quién podía dignamente.	51	<i>El desterrado.</i> —¡Ay! Que surcando el mar en nave ajena.	92
<i>Soneto.</i> —Librase al soplo del airado viento.	53	<i>A las estrellas.</i> —¡Oh refulgentes astros, cuya lumbre.	97
<i>Romance.</i> —Por en medio de una vega.	53	<i>El sueño del proscrito.</i> —Oh sueño delicioso.	98
<i>A D. José Vargas y Ponce. Epístola.</i> —He recibido tu donosa carta.	54	<i>Cristóbal Colon.</i> —Un mar desconocido ronco brama.	99
<i>Al rey D. Fernando VII.</i> —Dad, sagradas deidades de Helicon.	58	<i>Florinda.</i> —Canto 1.º <i>El banquete y la prisión.</i> —Casi en mitad de la extendida España.	100
<i>Soneto.</i> —Tierno pesar, amargo abatimiento.	60		